

Instantáneamente fueron cumplidas sus órdenes. Aunque aquel movimiento de exploracion le arrebatare algunos soldados, era preferible esta pérdida á la ansiedad de la duda.

La jornada era peligrosa.

Veamos lo que sucedió.

Capítulo XVII.

Otro combate.

Avisados los tlascaltecas, era tal el deseo que tenían de combatir con los mejicanos, á quienes profesaban un ódio tradicional, que se aprestaron gustosos á obedecer el mandato de su jefe.

Diego de Orgaz, completamente identificado ya con Hernan Cortés, y resuelto á ayudarle en la empresa que habia acometido, para dar ejemplo á su jefe, se puso á la cabeza de la columna con diez soldados, y entre ellos uno de los recién llegados, que debia aquel día enaltecer su nombre hasta el punto de que la historia lo conservase á la posteridad.

Detrás iban los cuatrocientos tlascaltecas, armados con sus flechas, mazas y lanzas.

Salieron por la puerta principal del palacio, y an-

duvieron toda la calle sin encontrar obstáculo de ningún género.

Las puertas estaban cerradas, y no se oía el menor ruido.

Atravesaron los puentes, y al entrar en la calle que conducía directamente á la plaza del Tlatlelulco, tuvieron que detenerse.

Desde las azoteas de aquella calle dispararon sobre ellos multitud de flechas, quedando heridos no pocos tlascaltecas.

—¡A ellos!—gritó Diego de Orgaz.

Lezcano, que este era el nombre del soldado á quien nos hemos referido antes:

—Si no entramos en las casas y no arrojamos de las azoteas á los enemigos,—dijo,—nos van á acribillar.

Sin aguardar orden de sus jefes, seguido de dos ó tres españoles y de unos cincuenta tlascaltecas, penetró en una casa, subió con su gente hasta las azoteas, y allí sostuvo con los mejicanos de aquella banda un combate reñidísimo.

Los tlascaltecas, por su parte, hicieron prodigios de valor.

Pero Lezcano, que era en extremo corpulento, admiró á sus compañeros.

Colocado cerca del pretil de la azotea que daba á la calle, arrojó su arcabuz y quedó indefenso para inaitar á los mejicanos que se acercasen á él.

Apenas se acercaba uno, lo cogía con sus hercúleos brazos y lo arrojaba á la calle.

Hasta diez arrojó de esta manera.

Mientras que esto pasaba, se reunieron en la plaza de Tlatlelulco más de cincuenta mil mejicanos, armados y dispuestos á luchar.

Era inmenso el griterío que armaban aquellos hombres, porque no se atrevían á avanzar hácia los españoles, al ver que los dispersaban con los arcabuces, y querían al ménos amedrentarles con sus gritos.

El griterío llegó á oídos de Hernan Cortés, quien saliendo á ver lo que pasaba, dió orden á Orgaz para que se retirase con su gente, toda vez que ya sabía el número de combatientes con quienes tenía que luchar y la actitud que presentaban.

En la refriega quedaron muertos más de trescientos mejicanos y unos cincuenta tlascaltecas.

Apenas se retiraron los españoles, volvió á reinar el mayor silencio, lo que hizo creer á Hernan Cortés que no estaban todavía resueltos los mejicanos á dar la batalla.

Por lo que pudiera suceder, puso centinelas dobles, y envió algunos soldados con destacamento de tlascaltecas en busca de provisiones á los alrededores de Méjico, para que si le sitiaban no padeciesen hambre sus soldados.

Apenas tomó estas medidas, reunió á sus capitanes.

—Anoche,—les dijo,—creía posible la paz, y la deseaba. En vista de lo que hoy ha pasado, la creo de todo punto imposible.

—Tal es nuestra opinion,—contestaron todos á la vez.

—La situacion de los mejicanos ha cambiado de aspecto. Están desesperados, y acaso, no sólo contra nosotros, sino contra su soberano; razon por la cual es necesario estar en guardia y economizar nuestras fuerzas, porque á juzgar por lo que he visto, están resueltos á atacarnos.

—En la plaza de Tlatlelulco,—dijo Diego de Or-gaz,—habia más de cuarenta mil hombres.

—No importa su número si logramos atraerlos á campo raso, porque en la ciudad seria perjudicial para nosotros el combate. Desde las azoteas pueden dispararnos sus flechas á mansalva, y librarse de nuestras balas. Por de pronto, tenemos que renun-ciar á la paz.

—Tanto mejor,—dijeron todos.

—Pláceme veros animados á consumir la obra que bajo tan buenos auspicios hemos sorprendido.

Con nuestros mil soldados y el auxilio de los tascaltecas, no hay que temer.

Aunque intentasen asaltarnos, sus esfuerzos se-rian inútiles.

De cualquier modo, tomadas las precauciones para evitar una sorpresa, no tengo más remedio que celebrar una conferencia con Motezuma, para decir-le cuál es la situacion en que se encuentra su impe-rio y la necesidad que tiene para salvarle de recurrir á la fuerza.

Aplaudieron todos esta determinacion, y Hernan

Cortés pasó inmediatamente al aposento de Motezuma.

Más habia aufrido el emperador de Méjico en aquellas veinticuatro horas que habian trascurrido desde la llegada de Hernan Cortés, que desde que habia empezado su cautiverio.

Habia sido leal, habia cumplido su palabra, ha-bia preferido los españoles á los mejicanos, habia faltado á todos sus deberes de rey por no malquistar-se con aquel hombre que tanto le fascinaba: todo lo habia sacrificado al afecto que profesaba á su aliado.

Hernan Cortés, en cambio, le habia mirado con desden, le habia ultrajado.

¡Oh! En el colmo de la desesperacion, Motezuma se habia olvidado ya de su antiguo esplendor, de su corona, de su cetro, de su familia, de sus ricos pala-cios, y no tenia más que un pensamiento fijo y un sentimiento que laceraba su alma.

—He sembrado beneficios,—se decia,—y recojo ingratitude.

En vano trataron sus servidores de calmarle.

Su aficcion, no hallaba consuelo.

Hernan Cortés abarcó en la primera mirada la situacion de ánimo en que se hallaba Motezuma.

—Perdonadme,—le dijo,—si ayer os traté con poca cortesía.

Poneos en mi caso: yo ignoraba los motivos de la lucha que habia tenido lugar entre los mejicanos y los españoles.

Sabia que aquellos habian obligado á mis solda-dos á guarecerse en el cuartel.

No podia imaginar que os hubiese faltado fuerza para contener á vuestros vasallos.

Hoy ya sé todo lo que pasa, y ya no es el aliado sino el amigo el que viene á veros.

Estas palabras sirvieron de algun consuelo á Motezuma.

—¿Me haceis justicia?—le preguntó con acento melancólico.

—Sí; he sabido por mi capitán don Pedro de Alvarado que habeis hecho los mayores sacrificios para contener á vuestro pueblo, que os habeis negado á asistir á la fiesta de los mitotes, y no puedo ménos de mostraros mi gratitud, porque nada me importa que vuestros vasallos sean discolos, sean rebeldes: mientras yo cuente con vuestra amistad; fuerzas me sobran para contenerlos y castigarlos.

—¡Ah! Hernán Cortés,—dijo Motezuma,—nunca creí que los dioses me reservasen días tan amargos como los que paso.

Y quedó un momento como abismado en sus reflexiones.

—¿Qué he hecho yo?—añadió despues el monarca profundamente conmovido.—¿Qué he hecho yo para merecer tantas desdichas?

He dado á mi pueblo días de gloria como mis antecesores; he estado al frente de mis ejércitos en cien combates, y en todos ellos he dado pruebas de mi valor; he hecho justicia á mis vasallos; y mi voluntad, ¡que mi voluntad! mi mas leve capricho se cumpla inmediatamente por todos.

Habeis venido, os he abierto mis brazos, os he hospedado en mi territorio, he sido vuestro amigo, he cumplido con mi deber, porque érais descendiente del gran Quetzalcoatl; y sin embargo, mis consejeros me han abandonado, mis vasallos se rebelan contra vosotros, que sois mis amigos, ó lo que es lo mismo, contra mí.

¡Ah! Yo no puedo vivir de esta manera. Devolvedme la palabra que os he dado. Dejadme salir solo.

Yo iré á buscar á mis vasallos, yo les hablaré, yo sofocaré el odio que sienten hácia vosotros, y si ya he perdido para con ellos todo el prestigio, si no me obedecen, al ménos pereceré en sus manos.

La muerte es preferible á la angustiosa situacion en que me hallo.

—Eso no, yo mismo hace poco he tenido ocasion de comprender á fondo cuáles son los deseos de los mejicanos.

¿Para qué he de ocultároslos?

Son completamente hostiles á nosotros. Ya no reconocen vuestra autoridad; ya no sienten en su alma más que el deseo de destruirnos.

Si vos saliérais á calmarlos, seriais su primera víctima, y yo no puedo consentirlo.

Pero por la misma razon de que todo lo que sufrís es consecuencia de la amistad que nos habeis brindado, de los beneficios con que nos habeis favorecido, yo tengo el deber de castigar á los rebeldes, y los castigaré sin contemplaciones de ningun género,

obligándoles á reconocer en vos la suprema autoridad de la nacion; porque no estaria bien, ni vos lo hariais, dejar sólo á la merced de una nacion apasionada y hostil al hombre que ha perdido por nosotros el ascendiente que tenia sobre su pueblo.

—Yo estoy seguro de que cuento con bastante influencia para obligar á los mejicanos á que renuncien á esa lucha tan dolorosa para mí.

—No lo creais. Están desesperados. Os profesan un inmenso rencor. Sólo las armas pueden obligarles á retroceder, volviendo á aquellos dias venturosos en los que nos trataban como amigos bajo vuestro imperial dominio.

Insistió de nuevo Motezuma en que no se rompieran las hostilidades; pero Hernan Cortés le demostró hasta la evidencia la imposibilidad de la paz, y el pobre monarca, que ya no era más que un autómata:

—Nada puedo deciros, —exclamó;—haced lo que gustéis.

Capítulo XVIII.

El plan de los mejicanos.

Durante el resto del dia, y por la noche, permanecieron silenciosos y retirados los mejicanos.

Al dia siguiente indicaron algunos centinelas que habian visto á lo lejos grandes masas de hombres armados, que desde el campo entraban en la ciudad con el mayor sigilo.

No habia duda

Los enemigos se preparaban á luchar, y se preparaban para vencer

Hernan Cortés envió la mitad de sus tropas con los dos mil tlascaltecas á una llanura próxima, para ver si los mejicanos acudian y se resolvia la cuestion.

Estuvieron todo el dia aguardando, y á la noche se retiraron, sin que nadie hubiera acudido á su provocacion.